

la Unificación la Falange acabó domesticada y sus líderes cómodamente instalados en los distintos puestos que el dictador tuvo a bien otorgarles y que la gran mayoría de ellos ostentaron sin problema alguno.

Llegados a este punto nos espera la última parte del libro, de gran interés porque a través de esta obtenemos el último buen retrato recuperado por el profesor Thomàs. Una imagen de conjunto en la que un personaje antaño importante, Hedilla, aparece apartado en un rincón de la misma, caído en desgracia al tiempo que algunos recolectaban para él ayudas económicas y otros no dejaban pasar la oportunidad de recordarle los esfuerzos que habían hecho ante el general para rehabilitar su figura. Y mientras esas indignidades –a decir de Hedilla– asaltaban sus ánimos, en el centro de aquel retrato de grupo aparecen los que un día se indignaron, los que al otro conspiraron y los que al siguiente olvidaron todas las ofensas recibidas como consecuencia de la «reparación» con las que el *caudillo* acabó obsequiándolos. En definitiva, Joan María Thomàs nos ha traído de vuelta los días en los que la Falange fue capturada por el general que se mantendría en el poder durante las siguientes décadas. Y, sobre todo, nos ha puesto encima de la mesa la necesidad de analizar el franquismo sin perder de vista la historia de la Falange. Por todo esto pienso que esta obra se convierte ya en un importante referente para la historiografía que se ocupa del pasado falangista y también para aquella que sigue estudiando la Guerra Civil y la configuración de la dictadura franquista.

*José Antonio Parejo Fernández*

Universidad de Sevilla

FERRAN GALLEGO: *El Evangelio fascista. La formación de la cultura política del franquismo (1930-1950)*, Barcelona, Crítica, 2014, 979 págs.

Hace ya bastante tiempo que la historiografía sobre el fascismo español ha adquirido una gran consistencia tanto cuantitativa como cualitativa. Lejos quedan ya las épocas en que distinguidos hispanistas tenían que explicarnos nuestro pasado más reciente por la incomparecencia (en buena medida obligada, ciertamente) de los historiadores españoles. También ha quedado definitivamente atrás ese tiempo en el que cualquier reflexión sobre el fascismo español y, más concretamente, sobre la dictadura franquista tenía que empezar con el consabido quedan todavía muchas lagunas que explorar, muchos huecos que cubrir. No todo está dicho, ni mucho menos, pero no cabe duda de que a estas alturas nuestro conocimiento de esos ámbitos temáticos empieza a ser muy extenso, y en algunas cuestiones prácticamente exhaustivo.

Cada año se publican centenares de nuevos trabajos –libros, artículos, capítulos en obras colectivas– sobre ese periodo de nuestra historia, y son esas contribuciones –necesarias, muchas veces ejemplares– las que poco a poco nos

han ido llevando hasta el lugar en el que hoy nos encontramos. Lo que no es tan habitual, sin embargo, es la aparición de obras que realmente marquen un antes y un después en el conocimiento sobre algún aspecto concreto de la materia que nos ocupa. Sin duda, el libro de Ferran Gallego que aquí se reseña es uno de esos casos nada frecuentes, y antes que yo prestigiosos académicos como José-Carlos Mainer o Enrique Moradiellos se han expresado en ese mismo sentido. No exagero, pues, si señalo que estamos ante una de esas contribuciones llamadas a ser obra de referencia durante mucho tiempo, a generar debates de calado y a ofrecer nuevos enfoques y vías de trabajo para los jóvenes investigadores que se arriesgan en el camino difícil, complejo, no pocas veces ingrato, del estudio del fascismo español.

Dicho eso, quiero añadir de manera inmediata que el contenido de la obra resultará polémico para muchos de quienes la lean y estén familiarizados con la historiografía sobre el fascismo español. No será improbable, más bien lo contrario, que ese lector se sienta interpelado en sus posiciones previas sobre el tema y que, como resultado de esa interpelación, pueda plantear objeciones a lo que estará leyendo. Esa ha sido precisamente, y creo no equivocarme en esta apreciación, una de las intenciones del profesor Gallego a la hora de plantearse este trabajo: asumir riesgos, salirse de los caminos trillados, cuestionar lo que parecía evidente, proponer explicaciones alternativas a lo que en estos últimos años se ha venido dando por sentado. Ninguna sorpresa, todo sea dicho, para quienes hayan seguido los trabajos que Ferran Gallego viene publicando desde, al menos, la aparición de su biografía de Ramiro Ledesma, en 2005, y que constituyen un esfuerzo por resituar el debate sobre la naturaleza del franquismo, desde el convencimiento de que ello significa ni más ni menos que plantearse una reflexión sobre la naturaleza del fascismo.

*El Evangelio fascista* representa la culminación de esa trayectoria, así como del trabajo previo del profesor Gallego en torno al nazismo y la extrema derecha posfascista en Europa occidental, es decir, lo que para simplificar las cosas acostumbramos a llamar neofascismo o nacionalpopulismo. Con ese vasto conocimiento del fascismo europeo, especialmente del alemán y el francés, el autor de *El Evangelio fascista* ha podido mirar hacia el fascismo español de una manera a la que no estamos demasiado acostumbrados, y que consiste en pensar nuestro fascismo como algo no desconectado de las experiencias europeas de la época, sino todo lo contrario. Esto no quiere decir simplemente tener en cuenta las relaciones del fascismo español con los otros fascismos europeos, sino analizar el caso español bajo la luz iluminadora de lo que se escribía, decía y hacía en la Italia fascista o en el Tercer Reich.

Y es que cuando se actúa de esa manera, en seguida se aprecia que la experiencia fascista española no fue tan diferente de la de los otros fascismos que fueron capaces de hacerse con el poder antes de la Segunda Guerra Mundial y construir un Estado y modelar una sociedad fascista. Para decirlo rápidamente: lo que se aprecia entonces es que el franquismo, al menos en sus primeros años

de existencia, no fue otra cosa que la variante española del fascismo. Y esa es la tesis central de *El Evangelio fascista*. Ciertamente, no es nueva. No siendo en los últimos tiempos la interpretación hegemónica, es defendida sin embargo por un nutrido grupo de prestigiosos historiadores españoles y extranjeros, cuyos nombres son de sobra conocidos como para necesitar ser relacionados aquí. Esos historiadores han llegado a esa conclusión desde el análisis de aspectos concretos de las políticas franquistas o de las características del régimen, y de su comparación con otros fascismos europeos (la violencia, la represión, la organización sindical, las instituciones del régimen, las políticas sociales, la educación y la socialización de los jóvenes, el papel del partido fascista, etc.). Ferrán Gallego ha recogido en su trabajo muchos de esos enfoques y, por su parte, se ha dedicado a hacer un análisis exhaustivo del discurso político –y de las realizaciones a él ligadas– de los fascistas españoles, desde la aparición de los primeros grupos de esa naturaleza, a principios de los años treinta, hasta que el régimen franquista culminó su institucionalización y se asentó ideológicamente tras el giro que se inicia en los años centrales de la Segunda Guerra Mundial.

No hace falta insistir en la monumentalidad del esfuerzo. Dan cuenta de ello tanto la extensión de la obra como, mucho más, la inmensa base documental y bibliográfica sobre la que se asienta. Centenares de libros, opúsculos, folletos, artículos de periódicos y revistas, publicados todos ellos en los años treinta y cuarenta del siglo pasado, constituyen el material sobre el que se sostiene el trabajo del profesor Gallego. No hay político, pensador o ensayista relevante en el mundo de la extrema derecha española de la época que no haya sido considerado, como lo han sido también otros muchos cuya relevancia era bastante menor, quizás por ello prescindibles, pero a los que el autor ha querido también convocar para mostrar hasta más allá de lo estrictamente exigible lo fundamentado de las posiciones que sostiene.

Imposible dar cuenta en este espacio de todas ellas. Como decía más arriba, el libro recorre dos décadas de historia del fascismo español. Analiza a fondo la etapa de formación teórica y orgánica de las primeras organizaciones fascistas (JONS, Falange Española...), su estrategia durante la Segunda República, sus problemas de crecimiento, sus relaciones con los otros grupos de la extrema derecha y muchas otras cuestiones. En esta parte, dos son especialmente relevantes, por innovadoras: la reflexión sobre el carácter de *latecomer* del fascismo español –y el supuesto fracaso que de ello se derivó– y la forma en que el profesor Gallego entiende el proceso de fascistización.

Sobre la primera cuestión, el autor rechaza la idea de que ese fracaso se debiese, como se suele afirmar, al carácter de *latecomer* del fascismo español. Analizando la situación europea, viene a concluir que el fascismo español apareció en la escena al mismo tiempo que el fascismo se convertía realmente en un fenómeno de época, es decir, en los primeros años treinta. Así, el caso italiano habría que verlo como una cierta anomalía (por lo temprano de su consolidación y llegada al poder) y no como la norma. Incluso los nazis no pasaban de

ser un pequeño partido de escasa implantación a finales de los años veinte, y solo inician su despegue a partir de las elecciones de 1930. No muy diferente es lo que pasa en Francia. Por tanto, el presunto fracaso de los fascistas españoles habría que buscarlo en otro lado y no en la cronología.

La otra cuestión, la de la fascistización, es quizás más importante. Ferran Gallego interpreta ese fenómeno no como suele ser más habitual (la impregnación por parte de las fuerzas de la derecha radical de determinadas características del fascismo, pero sin mutar ellas mismas en organizaciones fascistas), sino como un proceso dinámico en el que las distintas organizaciones de la extrema derecha, incluyendo a los fascistas, van convergiendo en un mismo espacio ideológico que es el resultado de una síntesis de los planteamientos de todas ellas, pero una síntesis vertebrada fundamentalmente por los elementos definidores del fascismo. De esta manera, el fascismo sería el resultado (y no el punto de partida) del proceso de fascistización, y al final del mismo, todas las fuerzas participantes –incluyendo a los fascistas iniciales– habrían visto modificarse sustancialmente sus aspectos más formales pero también, y sobre todo, sus principios ideológicos, programáticos y estratégicos.

Ese proceso se explica detalladamente en el libro, tanto para los años finales de la República en paz como para los años de la guerra, momento que el autor considera el constituyente del fascismo español. Fueron la guerra y sus excepcionales circunstancias las que aceleraron el proceso de fascistización que ya venía gestándose desde antes de las elecciones de febrero de 1936 y que se había intensificado tras el triunfo en las mismas del Frente Popular. El propio carácter del golpe contra la República, que el autor interpreta no como una simple sublevación militar, sino como una auténtica movilización armada de masas, con el ejército, por supuesto, como instrumento fundamental, impulsó el proceso de fascistización y facilitó su precipitado en un único partido fascista. Franco asumió su liderazgo no como una imposición de los militares rebeldes, sino como la manifestación más genuinamente fascista de un liderazgo carismático, que se nutría, sin duda, de su condición de jefe militar de los sublevados, pero también de líder de un movimiento de carácter político y de masas que había acompañado a la sublevación desde el primer momento.

Durante la guerra y en la inmediata posguerra, y a ello se dedican muchas páginas en *El Evangelio fascista*, los teóricos (políticos, ensayistas, académicos, intelectuales de muy diverso nivel) falangistas aportaron las ideas y los argumentos con los que se construyó institucional, política e ideológicamente el Nuevo Estado. Ferran Gallego llama la atención, creo que con notable oportunidad, sobre el hecho de que una gran parte de esos teóricos falangistas no lo eran de primera hora. Muchos de ellos, durante los años de paz de la República, habían militado en (o habían estado próximos a) las otras organizaciones de la derecha radical o del populismo católico. Ahora, sin embargo, se incorporaban a FET y de las JONS, el partido único del régimen franquista, sin que ello les supusiera ninguna contradicción interna, identificándose con el proyecto nacio-

nalsindicalista de Falange y, al menos muchos de ellos, sintiéndose parte de una experiencia que iba más allá de los límites del Estado español, para configurar un proyecto de creación de un nuevo orden europeo.

Esto fue posible por algo que no suele tenerse en cuenta, aunque este libro lo demuestra incontestablemente (en sintonía con los trabajos de otros historiadores que vienen insistiendo en la cuestión, desde Alfonso Botti hasta quien, modestamente, firma estas líneas), a saber, que el falangismo fue una ideología y un proyecto político fascista, sí, pero también esencialmente católico. Los falangistas no tuvieron que impostar su catolicismo durante la guerra para converger con las otras fuerzas de la derecha radical. Su catolicismo era genuino, sincero, profundo, y no se limitaba al hecho de que los falangistas fuesen católicos y cumpliesen con los preceptos religiosos, sino que ese catolicismo estaba en la médula de la ideología falangista.

Ese fue el elemento que permitió la fusión en una sola cultura política, de carácter fascista, de las que habían existido previamente en el campo de la extrema derecha de época republicana. Por supuesto, la consumación de esa síntesis ideológica no implicaba la inexistencia de conflictos en el seno del régimen entre sectores diversos. Esos conflictos existieron y tuvieron una notable envergadura en algunos momentos. Pero para entenderlos no es necesario recurrir al expediente de las culturas políticas enfrentadas. Basta con atender a los intereses concretos, la lucha por parcelas de poder, las relaciones clientelares, y así sucesivamente. Que eso se vistiese con discurso político no ha de sorprender; pero conviene no dejarse deslumbrar por la retórica y atender sobre todo a los hechos.

Para acabar, Ferran Gallego dedica también un notable esfuerzo a explicar el proceso por el cual la dictadura franquista se desfascistiza a lo largo de los años cuarenta. Sin duda, el contexto internacional fue clave en ello. Pero lo importante, para el autor, no es el hecho en sí, sino la forma en que se produce. Y ahí el catolicismo vuelve a ser la pieza clave. No se trata de una retractación. No hay un abandono de pasadas posiciones. Hay una evolución «natural» a partir de los elementos que ya estaban presentes en la síntesis política anterior. Los teóricos del Nuevo Estado van a teorizar ahora el Estado Católico. Significativamente, son los mismos. Y no tienen que hacer un gran esfuerzo de travestismo. Les basta con arrumbar los elementos más netamente identificables como fascistas y poner en primer plano los elementos católicos, que ya estaban allí y que ahora emergen con mayor fuerza y visibilidad.

Imposible, decía antes, dar cuenta en tan poco espacio de las otras muchísimas cuestiones que se abordan en el libro. No se me ocurre mejor forma de solucionarlo que recomendar encarecidamente su lectura. No se arrepentirán.

*Francisco Morente*

Universitat Autònoma de Barcelona